

## LOS TRABAJOS DE LA MUERTE

### Sesión 8. Necropolítica

Seminario PPELA 2017-1: Geopolítica de las dominaciones y las emancipaciones: el capitalismo del siglo XXI.

¿Qué características tiene la ocupación territorial en "la modernidad tardía"?  
¿Qué vínculo hay entre la soberanía de "los señores de la guerra" y la excepción del hegemón?

*Nos hemos vuelto pobres. Hemos ido perdido uno tras otro pedazos de la herencia de la humanidad; a menudo hemos tenido que empeñarlos a cambio de la calderilla de lo "actual" por la centésima parte de su valor. Nos espera a la puerta la crisis económica, y tras ella una sombra, la próxima guerra.*

Walter Benjamin, *Experiencia y pobreza*

#### 1. De la plantación a la ciudad contemporánea

El primer hecho colonial moderno es el capitalismo, que para poder existir como sistema de producción coloniza las formas de existencia, imponiéndoles una cualidad externa a sus dinámicas concretas. La colonización del capital en la configuración de un sistema-mundo se desarrolla de maneras diferenciadas, no avanza por igual. Mientras en Europa se cercaban las tierras y reclasificaban a las fuerzas sociales por medio de matanzas selectivas de mujeres (la caza de brujas de la que habla Federici); en América y África instalaba un sistema de clasificación social, precedido por un exterminio de las poblaciones locales, en el que se hacía radical la mercantilización de la vida.

La forma de la plantación ya no es sólo una realidad de las colonias periféricas. Hacia finales del siglo XX y a lo largo del siglo XXI se ha extendido por el mundo. El poder sobre la existencia bajo la lógica de la mercancía: los cuerpos pertenecen al señor de la guerra, así como en la plantación pertenecían al amo.

Del estado de excepción de la plantación se despliega un estado de sitio permanente, propio de una guerra social en la que se reconfiguran las fuentes del poder en sintonía con las fuentes de la valorización. El cuerpo violentado se configura en una zona de indistinción entre ser sujeto y ser objeto, entre vida y pura existencia. La expansión de la guerra indirecta es correlativa a la expansión de la economía criminal, aquella se reproduce en los intersticios de la ley y en complicidad con los guardianes de la legalidad. Es una cara cualitativamente importante para la definición del capitalismo en el siglo XXI,

no sólo por su alta rentabilidad, sino, sobre todo, por su papel civilizador. Junto a los millones de dólares que produce la economía de la guerra social hay una pedagogía social basada en la crueldad, que sienta las bases para dinámicas exacerbadas de explotación, de exclusión y expropiación.

La guerra sin fin expande la dinámica colonial dentro de las fronteras de las excolonias, pero también fuera de ellas. La segregación racial y su correlativa violencia invade también las metrópolis. La muerte serializada, las masacres como operaciones burocráticas, el despojo como una acción de racionalidad económica se despliegan desde las geografías coloniales a lo largo y ancho del planeta. Lo que varía es su intensidad y su letalidad. Las formas civilizadas del exterminio conviven con las prácticas más arcaicas de ejercer el poder sobre los cuerpos; junto con las sofisticadas tecnologías de control conviven los viejos instrumentos del verdugo, para hacer de los cuerpos una masa amorfa sobre la que el poder se ejerce. El espacio colonial, un umbral, una zona de indistinción, habitada por salvajes, es la condición del mundo contemporáneo. Ya no son sólo las geografías alejadas de las metrópolis imperiales, aquel lado oscuro del progreso. Hoy en las mismas metrópolis se expande la dinámica colonial. No hay más medios y fines de la guerra, la hostilidad absoluta se instala contra los enemigos absolutos, los otros difusos que son una amenaza constante.

El régimen de verdad de este tipo de poder, tiene a la muerte como su fundamento, al hacer vivir y al hacer morir como dos expresiones a través de las cuales se define la validez o invalidez de las prácticas. La pluralidad concreta se transforma en pura diferencia abstracta, en segregaciones artificiales. La muerte como criterio de verdad une separando, liga a partir del aniquilamiento de cuerpos singulares y de las relaciones colectivas que encarnan. El dolor, la rabia y la impotencia se vuelven las dinámicas cotidianas que mantienen juntos a los grupos sociales vulnerados.

## *2. Los territorios de la necropolítica*

Organizar los territorios bajo la lógica del terror, ese es uno de los fines de la guerra del siglo XXI. Los responsables no son sólo los estados o los grupos paramilitares, que mantienen algún vínculo orgánico con éstos. En la vuelta de siglo se expandió, hasta hacerse generalizable en ciertas geografías, el poder soberano de los señores de la guerra. El terror sagrado, cuasi divino, de poder decidir sobre la vida y la muerte, se vuelve secular y deja de responder a la lógica real y empieza a servir a la lógica de la religión del capital.

El mundo se divide de arriba abajo, estableciendo una soberanía de verticalidad. El mundo se divide por la presencia de las infraestructuras del poder. La coerción deja de ser monopolio del estado y se convierte en una mercancía en la que se confunden la identidad de compradores y proveedores. Esto produce una proliferación diferenciada de espacios de la violencia: soberanías asimétricas bajo la lógica del enclave, que funcionan de manera

semiautónoma, aunque en casi todas se despliega el poder sobre la vida, simbólica o materialmente. En la multiplicación de los espacios de la violencia se reproducen las lógicas serializadas, despersonalizadas, paraburocráticas de ejercicio de las fuerzas sobre los cuerpos, propias de un sistema fabril de guerra y muerte.

El objetivo es la gestión de multitudes y la expoliación acelerada de sus bienes territoriales. Su sello político es la masacre, la muerte masiva de existencias. Que divide el mundo entre sobrevivientes, mártires y soberanos (los señores de la guerra).

Los territorios del necropoder son múltiples. Van de los cuerpos al cielo. Operan de maneras específicas y con letalidades diferenciadas. La anatomopolítica adquiere un carisma demiúrgico, que mezcla procedimientos artesanales con actividades de alto desarrollo tecnológico.

Acá reaparece con radicalidad el cuerpo de la mujer como botín de guerra. El necropoder lleva en la frente una marca de violencia patriarcal. Si bien la mujer siempre ha sido un objetivo, un blanco, central en las guerras; en el siglo XXI tiene una marca exacerbada. El cuerpo de las mujeres es por excelencia el territorio del necropoder, del exceso de la soberanía: el control absoluto de la vida y de la muerte. Ellas viven, además de masacres, procesos sofisticados de violencias sobre sus cuerpos, que se convierten la materia para el trabajo artesanal de los verdugos.

Como no es suficiente el cuerpo de las mujeres para el ejercicio del necropoder, se expande sobre los sectores feminizados de la sociedad: los niños y jóvenes, junto con los ancianos. La gestión de multitudes lleva la marca de la feminización y empieza por la masacre de mujeres.